

memoria

Mi caso de supermujer

Rebeca Grynspan

Estábamos en elecciones en Costa Rica en 1985. Yo estaba de asesora en la casa presidencial, tenía una niña de tres años (Adriana) y estaba embarazada. Mi partido ganó las elecciones y eligieron a Oscar Arias de presidente. En el entretanto, pocos días después de las elecciones, nació mi segundo hijo (Ariel). Todavía amamantando y antes de entrar el nuevo gobierno, Óscar Arias, y el futuro ministro de Hacienda, Fernando Naranjo, me llamaron por teléfono para ofrecerme el viceministerio de Hacienda. Yo dije: “Imposible, tengo una niña de tres años, un niño recién nacido, estoy amamantando en este momento, imposible, no puedo”. Un rato después me volvieron a llamar para decirme que la persona que estaba ejerciendo de viceministro en ese momento estaba dispuesto a quedarse mientras yo amamantaba: “¿Cuánto tiempo amamantás?”. A lo que yo respondí que unos seis meses. “Bueno, si querés podés entrar a trabajar medio tiempo mientras tanto; él se queda en tu lugar de viceministro, y cuando terminés de amamantar te nombramos viceministra”. Y en eso quedamos....

A los días fui a hablar con don Óscar personalmente; me dijo que iba a anunciar su gabinete y quería incluir mi nombre y explicar por qué iba a entrar después. Don Óscar había hecho una promesa de campaña de tener muchas más mujeres en el gobierno; de hecho llevó en su papeleta a la primera mujer vicepresidente de Costa Rica, impulsó a la primera mujer presidenta del Congreso y nombró el mayor número de mujeres que se hubieran designado hasta ese momento en altos puestos de gobierno.

Bueno, perfecto... El día señalado me arreglé lo mejor que pude y me fui a la conferencia de prensa. Ocurrió entonces algo muy chistoso. Don Óscar anunció los ministros, anunció los viceministros y dijo: “Bueno, y en el viceministerio de Hacienda la viceministra va a ser Rebeca Grynspan, pero como ella tiene un niño de dos ¡años! y lo está amamantando, va a entrar al gobierno un poco después”. ¡Mi hijo en

ese momento tenía dos meses! La Liga de la Leche estaba feliz. Casi comienzo a recibir felicitaciones. Le dije: “Óscar, cómo se nota que nunca has amamantado y que no tenés idea de lo que es amamantar a un niño hasta los dos años”.

Pero más allá de la anécdota chistosa, el ejercicio de la maternidad me llevó a renunciar al viceministerio a los dos años de haber asumido esa responsabilidad. Era una verdadera locura tratar de conciliar ambas cuestiones. Para empezar, el comenzar a trabajar “sólo unas horas” antes de asumir el viceministerio, fue una locura. Fernando Naranjo, que era el ministro, me dijo: “vente medio tiempo, para que te vayas familiarizando”. Pero el medio tiempo se convirtió en medio día, ¡o sea 12 horas! Muchas veces amamanté a mi hijo en el ministerio y para verlo lo llevaba conmigo en el auto a cualquier lugar que fuera. Asumí el viceministerio formalmente a los seis meses y dejé de amamantar, pero la locura siguió.

Algunas personas del ministerio y amigos todavía se acuerdan de esa época; no fueron pocas las veces en que mi hija me acompañó a las sesiones de negociación con el FMI, o en que un sábado de trabajo con el congreso me llevaba a mi hijo que estaba aprendiendo a caminar. Yo estaba encargada del área presupuestaria y por tanto de la negociación de los acuerdos con el FMI respecto de los límites de gasto del sector público, además, casi no había negociación o conflicto que no tuviera que ver con el presupuesto, por lo que pasaba mucho tiempo en la oficina. Me llevaban a los niños, y ahí trataba de verlos.

Cuando había negociaciones con el Fondo era jornada continua, todo el tiempo, hasta que se fueran. La jefa de presupuesto todavía recuerda que mi hijita llegaba, se sentaba en mis rodillas, y cuando yo hablaba, mi hijita de tres años asentía con la cabeza.

Yo no me acuerdo bien de esa época, no sabía muy bien dónde comenzaba el día o la noche. Muchos detalles se me han borrado. Me levantaba en las noches varias veces por mis hijos pequeños, a veces a terminar un informe. Era madre y profesional en la casa y en la oficina: ¡estaba agotada! Pasaron dos años y renuncié al ministerio por mis hijos, porque era imposible vivir así. El detonante fue cuando se me fue la nana que había estado conmigo desde el nacimiento de mi hija y comencé a contratar personas que yo no sabía bien cómo eran, no tenía el tiempo de quedarme en casa y conocerlas. Un domingo me llamó mi cuñada por teléfono, yo estaba en la oficina, en una negociación con el Fondo, y

me dijo que mi hijo se había caído y se había abierto la frente, había que llevarlo al hospital a coserlo. Y entonces decidí que era demasiado, que no podía vivir así y renuncié poco después.

Fue duro. Yo todavía tengo recortes del periódico de cuando me nombraron y mis declaraciones de entonces eran declaraciones que hoy califico como “el síndrome de supermujer”. A mí me preguntaban “Pero ¿cómo le va a hacer con dos niños pequeños?”. Y yo muy confiada, respondía con seguridad que “sí se puede”. Era una época en la que muchas pensábamos que había que demostrar que podíamos hacer todo: ser buenas madres, buenas profesionales, buenas políticas, buenas esposas... Este síndrome, que es muy generalizado, responde a la exigencia de que las mujeres tenemos que hacerlo todo bien y todo al mismo tiempo, sin reconocer los límites que los roles nos imponen más allá de nosotras mismas.

Y mi renuncia era reconocer que había estado equivocada. Pero me sirvió para entender que la sociedad no está organizada para que podamos hacer “todo bien”. ¿Cómo?, si no existen formas de conciliación social entre el mundo doméstico y el mundo del trabajo. Yo estaba en todas las negociaciones sindicales, en todos los aumentos de salarios, en todas las negociaciones presupuestarias, y al mismo tiempo alistaba pañales, mamaderas y tareas de preescolar.

El síndrome de “supermujer” es una equivocación, porque lo padecemos al pensar que “hacer todo bien” depende de nuestro esfuerzo y no de que haya una estructura social que nos permita asumir esas responsabilidades y compartir el cuidado de la familia. Esta época puso a prueba mi relación de pareja también. No estábamos preparados, ninguno de los dos, para hacerle frente a la presión combinada de niños pequeños y los trabajos absorbentes de ambos, sobrevivimos como pareja y como familia y aprendimos para el futuro, pero a pesar de haber hablado de estos temas miles de veces entre nosotros y de nuestro convencimiento “intelectual”, la internalización de lo que realmente se requiere para que las mujeres podamos asumir estas responsabilidades y tener una familia requiere mucho más que una conciencia lejana. Y aun cuando mejoremos los arreglos “domésticos” individualmente, se hace necesario el cambio social que les dé apoyo y sustentabilidad.

Cuando le comuniqué mi renuncia a la prensa, los periodistas estaban convencidos de que era por un conflicto con el ministro. No me creían cuando les decía que renunciaba por mi familia... Yo insistía

que era en serio, no podía, mis hijos eran muy pequeños, estaba muy desgarrada. No era posible hacer todo.

Cuando renuncié al puesto de viceministra lo hice pensando que esa oportunidad no se me volvería a presentar. Y me dije: "si voy a renunciar tengo que hacerlo convencida de que me puedo realizar en un camino diferente, si no, la renuncia se me va a volver demasiado pesada en el alma". No dejé de trabajar, me quedé en la casa presidencial de asesora, donde a pesar de lo intenso del trabajo no tenía los horarios brutales de Hacienda y disfrutaba de mayor flexibilidad. Ahí estuve el resto del gobierno de Arias. Años después fui vicepresidenta del país, pero esa es otra historia...